021. Algún gástillo por Jesús

Los últimos días de la vida de Jesús son de una emoción intensa. Hoy lo vamos a ver en casa de un tal Simón de Betania, que convida a Jesús a un banquete, al que asiste también Lázaro, el resucitado pocas semanas antes.

De las dos hermanas de Lázaro, Marta, como siempre, se pone a servir. Es encantadora esta mujer tan solícita.

Y su hermana María, la enamoradiza, va a hacer también una de las suyas...

Aparte de los comensales, hay muchos espectadores, gente muy importante, nos dice Juan, pues Lázaro el resucitado atraía la curiosidad de todos.

El banquete se celebra, ciertamente, en una casa rica. Jesús, que es pobre y se rodea siempre de gente pobre, como la preferida por Él, ama por igual a los ricos, y es el Salvador de todos.

Están los comensales sentados a la mesa, y rompe la escena María, la hermana de Lázaro, la cual quiere demostrar su agradecimiento y el amor que tiene a Jesús, con un gesto femenino sin igual. Va a hacer lo mismo que había realizado mucho tiempo antes otra mujer, aquella prostituta del lago.

Entra María en la sala con un pomo de alabastro fino, rompe el cuello del frasco, derrama todo su contenido sobre la cabeza y los pies de Jesús, que enjuga con sus propios cabellos, y la sala del festín se llena de un perfume embriagador. Toda una libra de nardo legítimo y carísimo, gastada ahora sin miramiento sobre el cuerpo del querido Maestro.

Asombro en todos los que contemplan la escena. Y también las reacciones más dispares entre los asistentes. La mayoría aplaude y felicita. Pero un sector, encabezado por Judas, que sabe meter el veneno de su avaricia, critican aceradamente:

- ¿A qué viene un derroche semejante? Este nardo vale trescientos denarios. ¿Podría haberse vendido y dar el producto a los pobres!

Judas era buen calculador y sacó bien las cuentas.

Un denario era el jornal de un obrero en el campo, como vemos por la parábola de los trabajadores que el amo mandó a su viña, contratados por un denario al día.

Quiere decir, que ese pomo de alabastro con perfume tan legítimo, equivalía al sueldo de un peón en trescientos días. Realmente, la buena de María se pasó un poquito de raya...

¿Qué dice a esto Jesús, que es quien tiene que juzgar?... ¿De qué parte se pone? Su réplica no debió caer muy bien sobre los murmuradores, enojados con tal despilfarro, pues comentó muy serio:

- ¿Por qué molestáis a esa mujer? Acaba de realizar una obra muy buena conmigo. Se ha adelantado a ungir y perfumar mi cuerpo para la sepultura. ¿Y por qué sacáis a relucir el asunto de los pobres? A los pobres los tendréis siempre con vosotros, y los podréis auxiliar siempre. Pero a mí, a mí no siempre me tendréis. Y os digo más: lo que ha hecho ésta mujer amiga será conocido dondequiera se predique el Evangelio, y se contará para alabanza suya (Mateo 26,1-13. Marcos 14,3-9. Juan 12,2-11)

¿Qué comentario vamos a hacer nosotros a un hecho tan singular?

Hoy tiene esto mucha aplicación en la Iglesia, especialmente en nuestra América Latina.

Tenemos que mirar el gesto de María de Betania y la actitud de Jesús, ambos a la vez, como norma siempre válida del Evangelio que todos queremos cumplir escrupulosamente.

Por eso de que la Iglesia ha optado por los pobres de una manera preferencial, no nos es lícito llevar nuestras ideas al extremo de criticar, condenar y prohibir cualquier manifestación de amor a Jesucristo que suponga un gasto económico.

Hay quienes no pueden ver que se levante una nueva iglesia o se arregle el templo, porque ese dinero tenía que ir a los pobres... Comprar una imagen sería una bofetada a Jesucristo o a la Virgen, porque el dinero debe ir a los pobres... Y contribuir para una procesión estaría mal, porque los pobres son antes... Y así en todo.

¿Tendríamos la razón de nuestra parte al mantener esta actitud?...

Si habláramos así, no nos daríamos cuenta de que los pobres son precisamente los que más contribuyen para todas las obras del culto, según sus posibilidades. Los pobres son los que más exigen que la iglesia esté bien, y que sea digna del Señor y de la comunidad cristiana.

Por otra parte, todos los que contribuyen para el culto, son los que más abierto tienen el corazón para con los pobres. Quien da a Dios, siempre tiene para dar también a los pobres generosamente.

Los que así criticasen, podrían tener un poco más de imaginación e inventar nuevas razones. Porque la que ellos dan es muy vieja. Y, si no, que se la pregunten a Judas, del que añade el Evangelio que no le interesaban gran cosa los pobres, sino el dinero, para quedarse con él...

Todos estamos convencidos de que los pobres merecen la primera atención de la Iglesia.

Pero tenemos también la convicción profunda de que el culto de Dios debe ser digno del mismo Dios y del Pueblo de Dios, que quisiera dar a Dios lo mejor que el Pueblo tiene.

Señor Jesús, nosotros te manifestamos nuestro amor ayudándote en tus pobres, ¡no faltaba más!... Pero nos gusta también hacer de vez en cuando algún gastillo por ti, no tan elevado como el de María de Betania, pues no somos tan ricos, pero Tú sabes que lo hacemos con todo el corazón